

Con profesores ajustados a ese tipo, cuya conducta guardase correlación con sus palabras, concibe el doctor Rivarola que la Universidad sería el órgano dirigente de la sociedad; en esas condiciones, se comprende el sentido de su fórmula sintética y expresiva: «educar es gobernar».

Como pensamiento político, el doctor Rivarola democratiza el clásico tema de la aristocracia intelectual; ensanchando progresivamente la órbita de su influencia, la «universidad social» haría participar de las funciones directivas a una parte cada vez mayor de los ciudadanos.

En un ideal teórico, todos los componentes de la nación podrían concebirse elevados a la capacidad de intervenir en la dirección de sus destinos; es el camino lógico para «los que ya estamos conformes en mantener la democracia como ideal en política y en moral, y como ideal a realizarse por la educación.»

Otras ideas secundarias retienen, a cada paso, la atención del lector. Baste decir que en todo el conceptuoso libro del doctor Rivarola se aspira un sentimiento de caluroso idealismo científico y social; todo, en él, es sinceridad; diríase que es una pública confesión de aspiraciones, una profesión de fe, una amonestación, un toque de alarma, un programa.

¿Un programa?; desearíamos que lo fuese. Después de don Juan María Gutiérrez — y va para medio siglo — distinguidos caballeros desempeñaron el rectorado de la Universidad de Buenos Aires. No estaría mal que, al cabo de tantos funcionarios, tuviéramos otro Rector.

JOSÉ INGENIEROS.

(De la «Revista de Filosofía».)

El Culto de la Vida por Augusto Bunge. (Un tomo de 438 pág. Imprenta Perrotti, 1915)

En todo tiempo han existido dos concepciones morales: la dogmática y la experimental. La primera es anticientífica y cristalizadora: trata de subordinar la vida a modos de ver apriorísticos, deformando tima y la experimental. La primera es anticientífica y cristalizadora: la realidad; la segunda es amplia y humana: deduce sus principios de la experiencia; observa la vida, señala sus imperfecciones y lucha por mejorarla continuamente.

A este último grupo pertenecen las doctrinas morales desarrolladas por Augusto Bunge en el «Culto de la Vida». Bien merecen ellas ser comentadas detalladamente, cosa que no podemos hacerlo por el momento, en esta Revista. Nos contentaremos, pues, con dar una rápida idea del concepto matriz del libro.

Sostiene Bunge que «la evolución moral está subordinada al progreso histórico, el cual no es sino un aspecto de la evolución biológica». El instinto constituye el suelo donde hunde sus raíces nuestra persona-

lidad moral. El constituye un imperativo que nos impulsa a integrarnos y que se manifiesta subjetivamente en el sentimiento de la inmortalidad de la especie. Pero para integrarnos requerimos de una labor colectiva que actualice instintos de bien, concordantes con las condiciones nuevas generadas por la evolución social. La moral mirada bajo este punto de vista comprende el conjunto de métodos que cultivan la personalidad. La virtud es «lo que tiende a la progresiva evolución de la especie en particular y de la vida en general». Ello no «es sólo la defensa contra el mal, sino también y, sobre todo, la rebusca agresiva del bien». Mas «no es posible regenerar al mundo libertando los espíritus, porque el mundo los tiene encadenados. ¡Libertemos los espíritus regenerando al mundo», exclama el autor. El hombre es naturalmente bueno; pero la sociedad está deficientemente constituida y en virtud de ello muchas veces hasta los hijos de los propios padres están separados entre sí, irreconciliablemente, por odios profundos. La emancipación humana sólo es concebible con una organización perfeccionada: no destruyendo la organización como pretenden los anarquistas o dejando que las cosas queden al arbitrio del «libre juego de las fuerzas naturales» frasecita mediante la cual se justifica el estado de cosas existente. Que la organización es indispensable y que el aumento de las funciones sociales del Estado lejos de cohibir la personalidad la vigoriza ofreciéndole condiciones propicias a su desenvolvimiento, lo prueba Bunge mencionando el caso concreto de Australia y como prueba de lo contrario la postración en que se encuentran los desorganizados pueblos hispanoamericanos, sobre los cuales se pronuncia con toda severidad. También cita como ejemplo de lo que puede la organización social a Alemania; y si bien nadie puede negarlo, fuerza es convenir, que Bunge se muestra muy apasionado en las páginas que le dedica y que la apología que hace de ella es exagerada. En buena hora tratemos de reivindicar los elementos considerables que Alemania ha aportado a la elaboración de una cultura universal. Mas no nos engeguzcamos tanto como para maravillarnos y ejemplificar con el pueblo que al martirizar tan injusta y cruelmente a Bélgica, ha cometido el más horrendo crimen colectivo de la historia, tanto más horrendo cuanto más culta se considere a la nación victimaria.

El inmenso incendio europeo es una condición, que según Bunge, precipitará la instauración del «culto de la vida» — frase profunda y hermosa que vale por sí sola un libro —. El Estado tendrá que dejar de ser «la organización de dominio de una clase o de una camarilla, e identificarse con la totalidad del pueblo» y las naciones se verán «obligadas, a asumir la dirección de sus propios destinos».

Sólo el socialismo puede emancipar integralmente la personalidad humana entregándola al culto de la vida, culto que requiere «como altar los corazones y como templo todo el universo».

El libro está escrito en un estilo digno y agradable; sus páginas

denotan una mentalidad sólida y enciclopédica. Haría honor a la literatura de fondo de cualquier país europeo; ¡con cuánta mayor razón la nuestra! Fluyen en ellas un optimismo sano y comunicativo y circula a su través un hálito de fresca ingenuidad que lo hace más atrayente. Lástima grande que esté plagado de una terminología mística-filosófica que a nada bueno conduce.

En resumen: el libro de Punge es un buen libro. Y los buenos libros no son flores de todos los días.

ALBERTO PALCOS.

La filosofía científica en la organización de las universidades, por José Ingenieros (folleto; 1916).

Toda una corriente de ideas, sustentada desde hace tiempo fuera de los claustros universitarios y hoy aceptada por muchos de sus miembros eminentes, aspira a rejuvenecer la Universidad, inspirándole nuevo aliento y vigor, de acuerdo con las necesidades sociales y la renovación de las ciencias.

En ese sentido se han expresado entre nosotros numerosos universitarios; sólo citaré entre los más recientes (1915) a Nelson (1), Rivarola (2), Terán (3), Aráoz Alfaro (4). Es de toda evidencia que se evoluciona hacia lo que Rivarola ha llamado la Universidad Social. La preocupación creciente por los problemas sociales, por todo aquello que en los dominios restringidos de las ciencias afecta al hombre, la intervención en diversas cuestiones de interés social (por ej.: la lucha contra el alcoholismo y el envenenamiento por el plomo, de la Academia de París), la intervención de algunos de sus dirigentes y estudiantes en la socialización de la cultura por medio de la extensión universitaria, y otros fenómenos, así lo demuestra.

Esto, que es un aspecto, fragmentario por lo tanto, de la evolución que se va operando en todos los órdenes de la vida, interesa por demás al filósofo. Buscaría éste las causas fundamentales de esos cambios, induciría la dirección de esa corriente, y señalaría el ideal más digno de ser alcanzado. Es lo que Ingenieros ha hecho en esta memoria presentada al segundo Congreso Científico Panamericano.

(1) **Hacia la Universidad Futura.**

(2) **Universidad Social. Teoría de la Universidad Moderna.**

(3) **Discurso pronunciado en Tucumán.**

(4) **La acción social de la Universidad (Dos conferencias en la Universidad de Tucumán).**